

El «verano sangriento» y otros encuentros literarios

Andrés Amorós*

Apenas había cumplido cinco años cuando mi padre, un gran aficionado, me llevó a ver una corrida. Claro que esa precocidad mía se debe a una tradición familiar sin la cual habría descubierto los toros más tarde, quizás en la adolescencia. Supongo que, de todos modos, me hubieran gustado. La realidad es que en muchas ocasiones, cuando hablo con gente del ambiente taurino, se asombran de que tenga recuerdos tan antiguos, pero yo insisto: no es mérito mío, pues quien me llevó a la plaza fue mi padre, un hombre muy conocedor del universo del toro, amigo de toreros y taurófilo como mi abuelo, quien por cierto era veterinario de la plaza de toros de Alicante.

Conservo recuerdos del mundo taurino desde el año 1947, poco antes de morir «Manolete». Ahora hay muchos intelectuales que van a las plazas de toros, pero acuden con la idea preconcebida de escribir, o porque han leído a Federico García Lorca. En lo que a mí respecta, soy un aficionado de a pie que he ido a los toros durante muchísimos años sin haber leído a Lorca y sin ánimo de escribir nada. Luego resulta que al final, años después, he acabado escribiendo, pero no con la idea culturalista preconcebida. Me considero por este motivo un aficionado normal y corriente. En todo caso, un buen aficionado, pues llevo muchos años ejerciendo como tal.

Viví de cerca aquel «verano sangriento» de 1959, inmortalizado por Hemingway en una serie de artículos escritos para la revista *Life*, donde reflejaba la rivalidad entre Luis Miguel Dominguín y Antonio Ordóñez. Y lo viví por una razón muy sencilla, y es que mi padre era íntimo amigo de Luis Miguel, a quien he conocido en casa desde chico. Aquel año 1959 acompañamos a Dominguín todo el verano, de julio a agosto. A lo largo de esa temporada, se alojó a veces en casa. La verdad es que fue muy interesante en el doble sentido, taurino y cultural, porque yo era un joven de menos de veinte años, pero ya tenía muy arraigada la afición por la literatura. Gracias a los toros, pude conocer a gente muy especial. Es el caso de Ernest Hemingway, que viajaba con Ordóñez, mientras yo iba con mi padre

* *Escritor, crítico y ensayista. Catedrático de Lengua y Literatura.*

y Luis Miguel. Fue por entonces cuando conocí a Orson Welles, quien me impresionó mucho, pues era un genio extraordinario; y también a la actriz Lauren Bacall, otra celebridad.

Para dar una idea de cómo experimentaba todo aquello, suelo contar que uno de los días durante los cuales Luis Miguel estaba viviendo en nuestra casa de Fuenterrabía, llamaron a la puerta. Avisado por mi madre, fui a abrir y, para mi sorpresa, comprobé que se trataba de Deborah Kerr, quien venía a ver a Dominguín. También me acuerdo de otra ocasión, antes de empezar la corrida, en que yo estaba jugando al *ping-pong* con Paco Camino. Al narrar vivencias como éstas, queda claro lo especial de aquel mundo que tuve la suerte de disfrutar. Por otro lado, yo creo que mi concepto de la tauromaquia –no quiero parecer pedante– es entonces cuando cuaja, al lado de mi padre viendo corridas, y viendo sobre todo a dos maestros extraordinarios, Luis Miguel y Ordóñez. Por desgracia, pienso que la suya fue la última gran competencia taurina. Los aficionados echamos de menos que haya dos grandes matadores, distintos pero de primera categoría, con una rivalidad muy fuerte como aquella. Corrochano dice que había una especie de acuerdo, porque, en su lecho de muerte, el padre de los Dominguín pidió que lo hicieran. Pero si yo no recuerdo mal, aquel verano sufrió cada uno de ellos tres cornadas graves, lo cual significa que había un pique muy evidente, porque además eran totalmente distintos como toreros y como personas. Sin lugar a dudas, esa competencia existía.

Soy muy amigo de los Bienvenida, que han sido todos buenos toreros. Está claro que respondían a una escuela y, al margen del arte de cada uno, sabían cómo hay que vestirse, cómo hay que pisar la plaza, cómo hay que comportarse, dónde hay que estar colocado y cómo hay que entrar al quite. Entre otras cosas, creo que todo eso se ha perdido en gran medida. No pretendo ofender, pero muchos de los apoderados actuales son negociantes, sólo preocupados por cuestiones como el dinero y los contratos. A Marcial Lalanda le gustaba decir que él había sido durante un tiempo no apoderado, sino asesor artístico. Si Jesulín de Ubrique, Enrique Ponce y cualquier matador de hoy hubiesen estado acompañados por un gran veterano que les explicara esas cosas de la profesión, habrían llegado mucho más lejos. No estoy con ello defendiendo a Jesulín, pero no le considero la antítesis del clasicismo. Sea por su apoderado, por el público, por él o por otras circunstancias, ha quedado a mitad de camino de lo que habría podido desarrollar. Ahora he visto en algunos sitios a Jesulín toreando bien, dentro de un orden, y la gente no le hace ni caso porque espera otra cosa. Él mismo ha adquirido algunos vicios inevitables. Incluso la gran figura que es Ponce habría podido llegar mucho más lejos y más alto con un asesor como Lalanda.

Marcial Lalanda es uno de los hombres más inteligentes que he conocido en mi vida. Varios periodistas le habían propuesto hacer un libro, pero él, que conocía un poco mi trayectoria, vino a verme y me dijo que deseaba hacer ese libro conmigo, pues pretendía un texto serio y no una hagiografía. Estuve encantado de colaborar con él en esa obra que se llamó *La tauromaquia de Marcial Lalanda*.

Quedó pendiente el libro de Luis Miguel Dominguín. Siempre nos decíamos que había que hacer ese libro, pero él era tan desordenado que no hubo manera. La listeza de Dominguín era extraordinaria. La suya era una personalidad arrolladora; le gustaba hacer mil cosas, escandalizar a la gente y ser amigo de personajes como Picasso pero luego, consciente de su talento taurino, regresaba a la tauromaquia.

Hilvanando estos recuerdos, llegamos al presente, con la evidencia de que la fiesta ha perdido elementos fundamentales. De acuerdo con el concepto que yo tengo de la tauromaquia, el que aprendí junto a mi padre y personas como Lalanda o Luis Miguel, todo se fundamenta en la lidia, esto es, en hacer una faena de acuerdo con las condiciones de la res. Hace años el toro era un animal fiero, difícil y que transmitía emoción, y el torero lo primero que tenía que hacer era dominar las dificultades de ese toro y, a partir de ahí, crear una faena estética. Pero se ha buscado un nuevo tipo de animal que permita un nuevo tipo de faena y que le guste a un nuevo tipo de público. Cuando se dice que ahora se torea mejor que nunca, frase famosa, a mí me hace sonreír. Sin duda, no se habrá toreado nunca más bonito que ahora porque el arte se perfecciona y porque ello es posible con un toro mucho más suave que se deja hacer. Hay muchas corridas que están bien, donde cortan orejas y la gente sale contenta, pero no transmiten esa emoción que para mí es un elemento fundamental de la fiesta. No quiero tampoco el circo romano ni ser un bárbaro salvaje, pero el toreo no es un *ballet*. Es crear belleza pero sobre la base de un astado fiero, complicado, difícil, poderoso. Cuando un espectador de hoy juzga que un toro puede torearlo incluso él, atisbamos el final de la fiesta. Hay un esteticismo creciente, un manierismo que ya observó Ortega y Gasset hace muchos años. Echo de menos ese sentido de la lidia de antes, donde todo respondía a un sentido, a una unidad, a una torería. Por ejemplo: antes era normal ver los tres quites, la competencia en quites, la rivalidad. Yo veo ahora una corrida esplendorosa y no ha habido ni un quite. Pues bien, eso no corresponde con mi idea de la lidia. Como el toreo se ha convertido en un espectáculo de masas, el efectismo predomina muchas veces.

Tampoco quiero parecer un viejo nostálgico. Me alegro de que los jóvenes vayan a la plaza y de que la fiesta sea un espectáculo con una enorme

implantación social; pero echo de menos la lidia entendida como un conjunto más completo. Si los toreros ven que cualquier fácil efectismo tiene más éxito que la pureza y el clasicismo, se apuntarán a eso.

Otro campo desde el cual podemos explorar la tauromaquia es el literario. Según los géneros, esta materia es muy complicada de llevar a la literatura. He analizado la cuestión en estudios críticos como *Toros y cultura*, *Escritores ante la fiesta (De Antonio Machado a Antonio Gala)* y *Los toros en la literatura*, incluido este último en el volumen VII de la enciclopedia *Los toros*, de Cossío. Una cosa es cierta: el escritor ha de conocer ese mundo y vivirlo con naturalidad, porque si no se quedará en lo externo. Lo malo es que impresiona tanto lo externo que puede caer muy fácilmente en los tópicos. Hay otra complicación, y es que durante mucho tiempo se ha identificado tauromaquia con casticismo, antieuropeísmo y reaccionarismo, debido a lo cual muchos intelectuales volvían la espalda a la fiesta y no la conocían. No pretendo hacer apologética ninguna, pero la lidia siempre ha sido un espectáculo popular español, que le ha gustado a unas gentes y a otras no. Suelo mencionar entre los taurófilos a Ortega, a Pérez de Ayala, a Américo Castro, a Bergamín. ¿Representan ellos a una derecha cerril, castiza y antieuropea? Todo lo contrario. Pero esos son los errores que produce una larga dictadura como la de Franco. Menospreciar muchas cosas nuestras no tiene sentido y la tauromaquia no se puede identificar con una tendencia política reaccionaria de ninguna manera.

Para la poesía el tema taurino es adecuadísimo. Cualquier persona con sensibilidad poética que acuda a una plaza, descubrirá en la lidia momentos mágicos. Hay muchos y muy diversos rasgos poéticos en el toreo. Alberti lo ve como algo alegre, Lorca como algo trágico. Poniendo el acento en distintos matices, son muchos los poetas que han expresado en su obra el tema de la fiesta.

De la misma forma, los ensayistas han advertido el interés del arte de torear desde diversas perspectivas. Acaba de reeditarse *Ritos y juegos del toro*, de Ángel Álvarez de Miranda, un ensayo fundamental para comprender las antiguas raíces de este espectáculo. El profesor Rodríguez Adrados ha escrito unos artículos impresionantes sobre la tauromaquia en relación con los sacrificios rituales griegos. A propósito de esta prehistoria de la fiesta, me opongo a una cosa que sostiene mi querido amigo Fernando Sánchez Dragó, quien suele relacionar los toros con la España mágica. Tal como la conocemos, la tauromaquia es todo lo contrario. Es un fruto de la Ilustración y de la razón. Surge en el siglo XVIII para codificar un espectáculo popular y crea, por tanto, la arquitectura más funcional con la cual regular una fiesta explosiva. Nos atrae ese elemento mágico e irracional,